

México y los huesos de sus héroes

Héctor de Mauleón

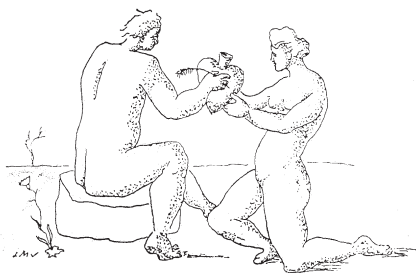
Aparecidos con mucha anticipación a la mudanza reciente de los restos de nuestros próceres, esta serie de colaboraciones aparecieron en *Laberinto*, la sección cultural semanal del periódico *Milenio* los sábados correspondientes a las fechas 25 de julio, 1 y 8 de agosto de 2009. *Historias* los reúne y bautiza al conjunto; reunidos cobran un interés mayor aún.

La cabeza perdida

EN 1936 UN DECRETO firmado por Lázaro Cárdenas hizo que, el Monumento a la Revolución se convirtiera en mausoleo: ya desde esa fecha remota, El Tata Lázaro mandaba a hacer la tumba de la Revolución. Los huesos de Carranza fueron depositados ahí en 1942. Los de Madero llegaron en 1960. Los de Calles en 1969, y los del propio Cárdenas en 1970. El último en sumarse fue Francisco Villa; su esqueleto llegó a Plaza de la República en 1976, cincuenta años después de que un grupo de soldados violara su tumba para arrancarle la cabeza.

México parece tener un serio problema con los huesos de sus héroes. Los restos de Cuauhtémoc no aparecieron nunca, aunque a su localización se dedicaron largos años. Nadie sabe el paradero de los huesos de Morelos, por más que desde 1925 se diga oficialmente que el Siervo de la Nación descansa en la columna de la Independencia. En realidad, su osamenta desapareció en tiempos de Maximiliano: se le exhumó de la catedral metropolitana para exhibirla en una urna, y nadie volvió a saber de ella nunca. Del mismo modo se habían evaporado los huesos de Hernán Cortés, de los que nadie supo en 150 años, hasta que una comisión científica dijo haberlos encontrado en 1946 en un rincón del Hospital de Jesús.

Ninguna historia iguala, sin embargo, la de la cabeza perdida de Pancho Villa. El 6 de febrero de 1926, el velador Juan Amparán del Pantéon Municipal de Hidalgo del Parral, descu-



brió que la tumba 632 había sido violada. Era la tumba donde tres años antes habían enterrado a Francisco Villa. La tapa del ataúd estaba rota. Al cadáver embalsamado le habían cortado la cabeza. Huellas de huaraches y botas militares conducían hacia la barda sur del camposanto. Al día siguiente, la noticia cimbraba a la República.

El primer sospechoso del robo fue un tal Emil Homdahl, un estadounidense que la tarde anterior andaba preguntando en Parral sobre la tumba de Villa. El gringo declaró que seguía la pista de un tesoro enterrado.

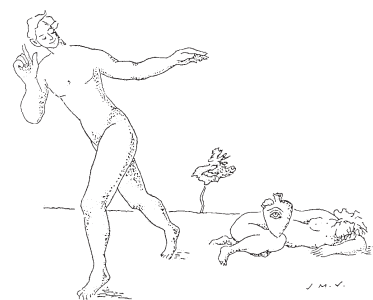
Fue puesto en libertad. Al paso del tiempo se tejieron cientos de historias: que la cabeza había sido robada por una universidad estadounidense, para estudiarla, que un millonario de Nuevo México la había comprado para exhibirla entre sus trofeos; que se hallaba en poder del circo Ringling Brothers, y que podía ser vista por sólo 25 centavos; que el general Arnulfo R. Gómez la había robado para venderla en 50 mil pesos a cierto comprador misterioso.

El capitán Elpidio Garcilazo contó después que el coronel Francisco Durazo le había ordenado decapitar el cadáver. “El general Obregón quiere la cabeza de Villa”. Garcilazo organizó a un de soldados, entre ellos a un tal Martínez Primero, quien fue el encargado de seccionar la cabeza con un cuchillo. El coronel Durazo recibió el trofeo envuelto en una camisa vieja. Lo guardó debajo de su cama.

Según la versión de Garcilazo, cuando el escándalo se hizo nacional, los involucrados se asustaron. Durazo le dijo: “¡Llévese eso!”. Garcilazo metió eso en una caja de municiones y lo fue a enterrar en las inmediaciones del Cerro del Huérfano.

El coronel Durazo moriría de viejo. Durante los años que le restaron de vida tuvo pesadillas en las que el Centauro del Norte se le aparecía descabezado. Durante todos esos años cambió las versiones del suceso y finalmente prometió revelar la verdad en una carta que iba a ser abierta el día de su muerte. La carta no apareció:

Un testigo relató más tarde que Emil Homdahl el gringo detenido el día de la profanación, le había mostrado la cabeza durante una borrachera en Ciudad Juárez. Una versión reciente indica que Homdahl vendió el trofeo a la sociedad secreta Skull and Bones, de la Universidad de Yale: una hermandad de niños ricos —de la que formó parte el padre de George Bush— que tiene en su poder, entre otras cosas, el cráneo del guerrero apache Gerónimo. En febrero pasado, los descendientes de Gerónimo entablaron una demanda ante los tribunales para exigir que la cabeza les sea devuelta. La vida de Villa fue un enredijo. Su muerte, también. La pregunta de 1926 sigue vigente: ¿Quién robó la cabeza? ¿para qué la quería?



El pacto secreto

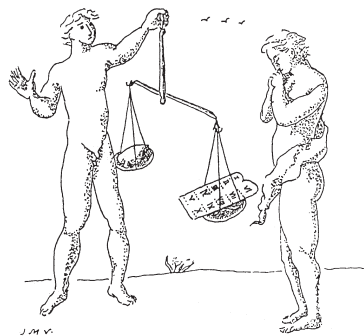
Lucas Alamán murió en 1853 sin revelar un enigma que atormentaba a los historiadores de su tiempo. A dónde demonios habían ido a parar los huesos de Hernán Cortés. Los restos del conquistador se hallaban perdidos desde 1836. José María Luis Mora alentaba la versión de que alguien los había sacado secretamente del país, para remitirlos a Italia. Joaquín García Icazbalceta recordaría luego que cada vez que le preguntaba a Alamán sobre el paradero de los restos, éste cambiaba la conversación con algún pretexto. Carlos Pereyra aseguraba hacia 1920, que la renuncia de Alamán a abordar el tema se debía, con toda seguridad, a la existencia de un pacto secreto.

Cortés no tuvo paz ni antes ni después de su muerte. En el testamento, que redactó en octubre de 1547, ordenó que sus restos fueran trasladados a la Nueva España y sepultados en un convento que debía ser construido en Coyoacán. El 4 de diciembre de ese año se les depositó, en cambio, en el altar mayor del monasterio de San Isidoro del Campo, en Sevilla. Tres años más tarde, “por necesidad de espacio”, se les sacó de ahí para depositarlos en el altar de Santa Catarina. El testamento se cumplió quince años más tarde. En 1566, los restos fueron por fin trasladados a la Nueva España. Como el convento de Coyoacán no fue construido jamás, los huesos fueron inhumados en la iglesia de San Francisco de Texcoco, en la que yacía su madre.

Sesenta y tres años más tarde (1629) murió en la Ciudad de México el último de los descendientes de Cortés. El cuarto marqués del Valle, Pedro Cortés, fue sepultado en la iglesia de San Francisco, Las autoridades ordenaron que los huesos del conquistador fueran trasladados “al sitio en que tomó descanso el último de sus herederos varones”. En un sepelio majestuoso, con 300 frailes que marcharon por el Empedradillo, Plateros, la Profesa y San Francisco, la urna forrada de terciopelo que contenía los huesos de Cortés fue colocada en un sagrario de la iglesia franciscana. La llave que abría esa urna pasó de mano en mano entre los padres sacristanes de San Francisco durante 165 años.

En 1790 el virrey Revillagigedo ordenó que los restos del conquistador fueran llevados al Hospital de Jesús para ser depositados en un “magnífico sepulcro”. La construcción corrió a cargo de José del Mazo y Manuel Tolsá. Envueltos en una sábana de Cambay, bordada de seda negra, los huesos hallaron la que al parecer sería su última sepultura.

No fue así. En 1823, los restos de Hidalgo, Morelos y otros insurgentes fueron traídos a la Ciudad de México para ser honrados en la catedral. La visión de aquellas osamentas desató el fervor nacionalista. Por toda la ciudad circularon impresos que



excitaban al populacho a extraer los huesos de Cortés y llevarlos a quemar a San Lázaro. La víspera del 16 de septiembre, la profanación se hizo inminente. Lucas Alamán ingresó en secreto en el Hospital de Jesús y cambió los huesos de lugar. Para evitar las tentaciones del pueblo, ordenó desmontar los mármoles del sepulcro (que alguien se robó poco después) e hizo enviar a Italia el busto de Cortés, que Tolsá había esculpido: el mismo José María Luis Mora, “pontífice de los deturpadores de Cortés”, cayó en la trampa y creyó que los restos habían salido del país.

La historia es una novela. En un documento firmado en 1836, Alamán reveló el lugar secreto del entierro. El documento fue entregado años más tarde a la embajada española, que lo mantuvo en secreto durante un siglo. El hallazgo de los huesos forma otra novela.

La urna de vidrio

El 11 de noviembre de 1946, el historiador del arte novohispano Francisco de la Maza asistió a una misteriosa reunión a la que lo habían convocado un refugiado español, Fernando Baeza, y un becario cubano de El Colegio de México, Manuel Moreno. Ambos personajes le informaron que tenían en su poder un documento fechado en 1836 que indicaba el lugar donde se hallaban ocultos los restos de Hernán Cortés —por cuyo paradero los historiadores se habían preguntado durante más un siglo—. Dos años antes, el historiador José C. Valadés había buscado la tumba, sin éxito alguno. Corría la leyenda negra de que en 1919 el capellán del Templo de Jesús se había empeñado también en encontrarla: lo hizo en forma tan obsesiva que terminó recluido en el manicomio de la ciudad de Cholula. De la Maza constató la autenticidad del documento que le mostraban. Era el mismo que Lucas Alamán había redactado en 1836, poco después de esconder los restos para evitar que una turba incendiada por el nacionalismo los profanara. Con ayuda del historiador Alberto María Carreño, De la Maza obtuvo la autorización del secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, para llevar a cabo una nueva búsqueda,

Al amanecer del domingo 24 de noviembre de 1946, los dos historiadores mexicanos acompañados por Manuel Moreno y Fernando Baeza, así como por un conjunto de notables entre los que estaban Manuel Toussaint, Manuel Romero de Terreros y un bisnieto de Lucas Alamán, penetraron en el templo. Carreño dio el primer barretazo. Al caer la tarde, tras una doble hilera de ladrillos, apareció el sarcófago que había torturado la imaginación de generaciones enteras. Según *El Universal*,

Francisco de la Maza asistió a una misteriosa reunión a la que lo habían convocado un refugiado español, Fernando Baeza, y un becario cubano de El Colegio de México, Manuel Moreno. Ambos personajes le informaron que tenían en su poder un documento fechado en 1836 que indicaba el lugar donde se hallaban ocultos los restos de Hernán Cortés.

quienes deambulaban aquella tarde por la esquina de Pino Suárez y El Salvador presenciaron una escena enloquecida; cuatro historiadores cargando por la calle el catafalco de Hernán Cortés, hacia la cercana oficina del director del Hospital de Jesús.

Los huesos se hallaban dentro de una caja de plomo; el cráneo descansaba en una urna de cristal. El bisnieto de Alamán entregó a los historiadores una llave de oro que había pasado en secreto de padres a hijos: servía para abrir la cerradura de la urna de vidrio. Los restos aparecieron envueltos en un pañuelo con galones de oro. Al momento de su muerte, a Cortés sólo le quedaba el colmillo superior izquierdo.

Al día siguiente, Jaime Torres Bodet subió al automóvil del presidente Manuel Ávila Camacho, y le informó del hallazgo. Le dijo también que los historiadores deseaban rendir homenaje a los restos del conquistador. Ávila Camacho respingó. Un homenaje, dijo, sólo serviría para envenenar “una vieja discordia histórica, estéril, interminable”. Ordenó que el INAH realizara la autenticación de los restos. “Cuando terminen, vuelvan a enterrar los huesos en el mismo sitio”.

El informe de antropología forense reveló que el esqueleto mostraba diversas huellas de lesiones patológicas. Cortés tenía el tabique nasal desviado y golpes en el omóplato, los fémures, las tibias y peronés. Su osamenta estaba marcada por diversos procesos infecciosos. Había sido víctima de tifoideas y disenterías. Al llegar a la muerte, la mayor parte de sus huesos estaban arqueados hipertrofiados. La tumba volvió a cerrarse. México no supo qué hacer con aquellos restos que llevaban un siglo perdidos. El único homenaje que se les permitió: una placa que enmarcaba las dos fechas. Hernán Cortés, 1485-1547.

